

INTELECTUALES ESPAÑOLES EN MÉXICO: EL EXILIO REPUBLICANO DESDE LA PERSPECTIVA DE LA LARGA DURACIÓN HISTÓRICA

Spanish Intellectuals in México: Republican Exile
from a Long-Term Historical Perspective

Tomás Pérez Vejo

Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (México)

El exilio republicano marca uno de los grandes momentos del intercambio cultural entre México y España. La propuesta de este artículo es analizarlo no como un hecho aislado, sino en el contexto de las complejas relaciones e intercambios culturales entre ambos países a lo largo de los dos siglos de vida independiente. Unas relaciones marcadas por el lugar de España, lo español y los españoles en la construcción nacional de México y por los debates y las polémicas sobre raza e inmigración en la vida pública mexicana del siglo XIX y primeras décadas del XX.

Palabras clave

México, España, historia, siglo XX, Segunda República, exilio, cardenismo, relaciones México-España

The Republican exile marks one of the greatest moments of cultural exchange between México and Spain. The aim of this article is to analyze that moment not as an isolated fact, but as part of the complex relations and cultural exchanges between both countries throughout two centuries after Mexican independence. Those relations were characterized by the importance of Spain, and the Spanish people in the national construction of México and by the debates and controversies about race and immigration developed in Mexican public life along the nineteenth century and the first decades of the twentieth.

Keywords

México, Spain, history, twentieth century, Second Spanish Republic, exile, Cardenism, México-Spain relations

Entre mediados de 1938 y principios de la década de los cuarenta un numeroso grupo de exiliados republicanos españoles, en torno a 25.000, llegó a México. Entre ellos algunos destacados miembros de la conocida como Edad de Plata de la cultura española –Emilio Prados, María Zambrano, José Bergamín, León Felipe, etcétera– y otros numerosos académicos e intelectuales que, aunque menos conocidos, dejarán también una importante huella en la vida cultural y universitaria mexicana de la época.

Una historia en gran parte mitificada, quizá más en México que en España, que incluye entre sus grandes hitos la llegada de los primeros intelectuales republicanos (1938) y la fundación de la Casa de España¹, origen del actual Colegio de México, todavía hoy una de las instituciones académicas más prestigiosas de México; y la del *Sinaia* (13 de junio de 1939), con un numeroso grupo de maestros y profesores universitarios que se dispersarían por algunas de las más importantes instituciones educativas del país, desde el Instituto Politécnico Nacional a la Universidad Nacional Autónoma de México.

La importancia de esta especie de segunda «conquista», ahora de intelectuales catalanes y madrileños –la mayoría de los exiliados provenía de estas dos regiones– y no de porquerizos extremeños –la mayoría de los conquistadores no provenían de Extremadura ni habían sido pastores de cerdos, pero así lo quiere la leyenda popular–, ha sido glosada una y otra vez hasta convertirse en una especie de leyenda con todos los ingredientes de una novela ejemplar, de la generosidad del pueblo mexicano con la España peregrina a la aportación, amor con amor se paga, de los intelectuales españoles a su nueva patria adoptiva, pasando por la idea, esta sí realmente peregrina, de México como el lugar donde se habría conservado la llama de la verdadera España tras la caída de Madrid en manos de los franquistas.

Idea peregrina porque la producción cultural de todo emigrante o exiliado es casi siempre mucho más expresión de la cultura de su país de acogida, o en todo caso de la de un país imaginario existente solo en su memoria, que del de origen, cada vez más extraño y ajeno, convertido poco a poco en una especie de país de nunca jamás. Algo que muchos intelectuales republicanos sufrieron en carne propia a su regreso tras largos años de exilio al encontrarse con una España que nada tenía que ver con la que recordaban y que Max Aub plasmó de manera par-

¹ Sobre la fundación de la Casa de España en México, un año anterior a la llegada del grueso del exilio en 1939, véase Lida, Clara E. (2013): «La fundación de la Casa de España en México. Un eslabón entre México y la Segunda República Española (1931-1940)», en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.º 91-92, pp. 91-92.

ticularmente lúcida en su agridulce *La gallina ciega*. Nada, por lo demás, muy diferente a lo que millones de emigrantes y exiliados han experimentado al regresar después de años ausencia.

A punto ya de cumplirse los ochenta años de la llegada de los primeros exiliados republicanos españoles a México y cumplidos ya en parte los desagravios y reconocimientos a los que todo expulsado de su país debiera tener derecho², ha llegado el momento de enfrentarse a su estudio desde una perspectiva global. El exilio no como un hecho aislado, sino como un capítulo más, es posible que ni siquiera el más importante, de las complejas relaciones México-España. Una nueva perspectiva más necesaria todavía si consideramos que el fuerte componente emotivo que todo exilio conlleva ha ido asociando al relato sobre «los transterrados íberos»³ una carga mítica que dificulta enormemente la comprensión de su importancia y significado histórico real.

Entender la forma como los exiliados españoles se integraron en la vida intelectual mexicana y su incidencia en la reconfiguración de las relaciones de México con España –no de España con México, ya que posiblemente en este último sentido el exilio republicano haya sido casi irrelevante– exige comenzar a desmontar algunos de los mitos, implícitos o explícitos, en los que se ha sustentado la imagen de lo que fue y supuso la llegada de los exiliados republicanos españoles a México. Partiendo siempre de que la producción cultural y científica de los exiliados españoles en México es más un capítulo –sin duda brillante– de la historia intelectual del país de acogida que la continuación del que los exiliados habían comenzado a escribir en el que los condenó al destierro.

Los mitos del exilio republicano español en México

Los mitos sobre el exilio español en México son muchos, en un episodio que ya forma parte más de la leyenda que de la realidad. El primero, sin duda, es el de su excepcionalidad: los republicanos no fueron ni los primeros exiliados españoles en México ni los únicos intelectuales españoles que a lo largo de los dos siglos de vida independiente de este país han desarrollado su vida y su obras al otro

² Escribo en parte porque ninguna sociedad puede llegar a resarcir por completo nunca a aquellos que por motivos económicos o políticos obligó a vivir lejos de ella, una deuda moral impagable por definición.

³ El uso del término transterrados, cuya invención se atribuye a José Gaos, resulta enormemente revelador de cómo se imaginaron a sí mismos algunos de los exiliados españoles en México: trasplantados en otra tierra suficientemente afín como para seguir dando los mismos o parecidos frutos.

lado del Atlántico; tampoco el exilio republicano en México fue exclusivamente un exilio de intelectuales; ni, por último, la integración de la mayoría de los exiliados en la vida mexicana fue demasiado diferente de la que había sido la tradicional de los españoles en México durante el poco más de un siglo de vida independiente transcurrido hasta ese momento. Justo lo contrario de lo que la hagiografía del exilio se ha empeñado en contar: la excepcionalidad cualitativa y cuantitativa del exilio republicano, acompañada de una especie de división metafísica entre gachupines⁴ y refugiados, las dos formas habituales para referirse respectivamente a los emigrantes económicos tradicionales y a los exiliados republicanos.

El dudoso honor de primeros exiliados políticos españoles en México les corresponde a los liberales llegados en la década de 1820 huyendo del absolutismo fernandino, seguidos por los múltiples exilios carlistas de las décadas siguientes y por el continuo goteo de otros en los que los motivos económicos se mezclan en distintas proporciones con los políticos. El siglo XIX mexicano, por otra parte, está lleno de intelectuales españoles que de forma temporal o definitiva desarrollaron su vida profesional y académica al otro lado del Atlántico. Una larga lista que incluye a Pelegrín Clavé, un pintor catalán que fue durante más de veinte años director de pintura en la Academia de San Carlos de México y personaje central en su renacimiento después de la refundación de Santa Anna en 1843; a José Zorrilla, el mucho más conocido poeta del romanticismo español, quien vivió once años en México, donde llegó a ocupar el cargo de director del Teatro Nacional durante el efímero Imperio de Maximiliano; a Valle-Inclán, quien, lo mismo que el anterior, también vivió unos años en México; a Niceto de Zamacois, autor de una de las primeras historias generales de México; a Enrique de Olavarría y Ferrari, autor del tomo IV de *México a través de los siglos*, obra cumbre de la historiografía mexicana decimonónica; a Telesforo García, un curioso y polifacético personaje de la vida mexicana de finales del siglo XIX que desarrolló una intensa actividad como periodista –fue redactor junto con Ignacio Altamirano y Justo Sierra, dos relevantes intelectuales mexicanos, de *El Precursor* y director de *La Libertad*– e inspiró uno de los personajes del *Tirano Banderas* de Valle-Inclán; Anselmo de la Portilla, director de *El Diario del Imperio* durante el Gobierno de Maximiliano...

⁴ Término de origen incierto utilizado ya en la época virreinal para referirse a los españoles europeos; ha sido la forma habitual de denominar despectivamente a los emigrantes españoles establecidos en México, con las connotaciones de rudo, inculto, avaro, explotador, etcétera.

Y el exilio republicano en México no fue en exclusiva, ni siquiera fundamentalmente, de intelectuales. Tal como demostró la historiadora mexicana, también de origen español aunque no

Los mitos sobre el exilio español en México son muchos, en un episodio que ya forma parte más de la leyenda que de la realidad

exiliada republicana, Dolores Pla, solo en torno a una cuarta parte de los exiliados republicanos llegados a las costas mexicanas pueden ser considerados intelectuales y ello usando el término en un sentido bastante laxo de trabajadores no manuales –profesionales, maestros, etcétera–⁵. Ni siquiera los llegados en el mítico *Sinaia* eran en su mayoría intelectuales, sino que se repartían, según un periódico de la época, en «600 campesinos, 400 obreros, 50 intelectuales, 150 individuos que se dedican a diversas actividades y 600 parientes de los anteriores, entre mujeres, niños y ancianos»⁶, lo que nos daría un porcentaje todavía mucho menor de intelectuales sobre el total de exiliados. Cifras estas últimas que hay que tomar con una cierta cautela, dado el interés que en esos momentos tenía el Gobierno de Lázaro Cárdenas –como respuesta a las críticas que la acogida de refugiados españoles estaba generando en la sociedad mexicana– de mostrar que se estaba recibiendo a los campesinos y obreros que la economía del país necesitaba.

Y esto me permite pasar al segundo gran mito de la leyenda sobre el exilio, el de la acogida dispensada por la sociedad mexicana a los refugiados españoles, intelectuales y no intelectuales. Una acogida que habría sido no solo generosa, sino entusiasta, resultado de confundir la actitud del Gobierno de Cárdenas –sobre cuya generosidad respecto a los exiliados españoles, no hacia otros, como los judíos que huían del nazismo, hay pruebas más que evi-

⁵ Pla Brugat, Dolores (1994): «Características del exilio en México», en Lida, Clara E.: *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en América*. Madrid: Alianza América, pp. 218-234.

⁶ (1939): «Serán acomodados en cuatro entidades los primeros 1.800 emigrados que envía España», en *Excelsior*, 30 de mayo.

dentes— con los mucho más complejos y matizados posicionamientos de la sociedad mexicana, que ya habían sido muy conflictivos en relación con la propia guerra y que, como consecuencia, lo siguieron siendo respecto a la acogida que se debía dar a los derrotados de uno de los dos bandos.

La idea de una sociedad mexicana clara y mayoritariamente partidaria de los republicanos en la Guerra Civil española nace de confundir los posicionamientos del Gobierno cardenista y de algunos connotados intelectuales —David Álvaro Siqueiros, Octavio Paz...— con los de la sociedad mexicana en general. Una sociedad que, lo mismo que el resto de las latinoamericanas, se mostró enormemente dividida respecto a lo que estaba ocurriendo al otro lado del Atlántico. Una guerra vivida casi como una guerra propia, con fracturas y enfrentamientos en las que los apoyos y simpatías a favor o en contra de uno u otro bando fueron de una gran virulencia, al menos discursiva. En el caso concreto de México⁷, el posicionamiento del Gobierno tuvo su contraparte en el de los grandes periódicos de la época, con planteamientos mucho más ambiguos cuando no explícitamente favorables a los golpistas. No de manera tan clara en sus líneas editoriales, pero sí en los artículos de opinión, en algunos casos auténticos panfletos contra la «barbarie roja» y de justificación del golpe militar; véase sino como ejemplo el publicado por Alfonso Junco en *El Universal* bajo el inequívoco título «¡Arriba España!»:

Ante la invasión del bolchevismo en España [...]; ante el desenfreno de incendiarios y asesinos bajo la complicidad o impotencia del Gobierno; ante el caos social que despedaza todo derecho, toda garantía, toda dignidad, toda eficaz defensa por vías legales, brotó la insurrección de un pueblo resuelto a vivir. Y a vivir con honor [...]. A mí me parece natural en todo hombre recto —no digamos en todo cristiano— una actitud de admiración y simpatía para quien ha limpiado de carroña bolchevique su patria⁸.

Todo esto al margen de la presencia de una influyente y muy visible colonia española de marcada filiación conservadora que desde el principio mostró su apoyo a los franquistas, incluida una relativamente importante movilización falangista⁹ culmina-

⁷ Sobre la toma de partido del gobierno de Lázaro Cárdenas en la Guerra Civil española y los conflictos que su toma de postura generó en la sociedad mexicana, v. Matesanz, José Antonio (1999): *Las raíces del exilio. México ante la Guerra Civil española (1936-1939)*. México: El Colegio de México/UNAM.

⁸ Junco, A. (1939): «¡Arriba España!», en *El Universal*, 27 de mayo.

⁹ V. Pérez Monfort, Ricardo (2011): «El movimiento falangista durante el sexenio del general Cárdenas», en Serra Puche, Mari Carmen; Mejía Flores, José Francisco; y Sola Ayape, Carlos (eds.) (2011): *De la postrevolución mexicana al exilio español*. México: FCE, pp. 75-89.

da con la celebración, el día 2 de abril de 1939, de un banquete en el Casino Español, con exhibición de uniformes falangistas y requetés, saludos brazo en alto, banderas en los balcones del Casino y presencia de los representantes diplomáticos de Alemania, Italia y Japón.

Una división que se mantuvo cuando, acabada la guerra, comenzaron a llegar las primeras noticias sobre la posible llegada de un numeroso contingente de exiliados republicanos. Las protestas fueron numerosas, tantas que no parece arriesgado afirmar que el rechazo a la acogida de los exiliados españoles fue, entre la opinión pública, bastante generalizado. En el caso de la prensa, solo los periódicos más cercanos al Gobierno —caso de *El Nacional*— se mostraron favorables, para el resto —con *Excelsior* y *El Universal*, los dos grandes periódicos de la época, a la cabeza— la facilidad con que se estaba aceptando a los exiliados españoles era un error económico —los exiliados entraban en competencia con los trabajadores mexicanos, más en el contexto de repatriación de mexicanos que en ese momento estaba teniendo lugar desde Estados Unidos—¹⁰, pero sobre todo político —los exiliados, en su mayoría agitadores profesionales según esta prensa, afectarían negativamente la paz social de la que disfrutaban los mexicanos—. Y para argumentar esto último no dudan en dar una imagen de ellos de vándalos sin ningún respeto a la ley y el orden:

Del 27 de enero al 12 de febrero, 400.000 individuos franquearon la línea de los Pirineos [...]. Francia pudo haberles cerrado sus fronteras [...]; por humanidad no lo hizo [...]. ¿Y cuál ha sido el pago que ha recibido y está recibiendo Francia por parte de los propios beneficiados? [...] No han tenido respeto para sus huéspedes ni han respetado la propiedad [...]. Los jardines eran saqueados, las sementeras destruidas, las cepas de viñas arrancadas para hacer fuego [...]. Ninguna ayuda, por lo demás, para cooperar con el personal que los sirve¹¹.

Pero no solo la prensa mostró su desacuerdo con la política de Lázaro Cárdenas. Hubo también oposición social, reflejada en la organización de manifestaciones de rechazo, distribución de panfletos en contra de la llegada de los refugiados y posicionamientos públicos de instituciones como

¹⁰ Sobre la repatriación de mexicanos de Estados Unidos en la década de los treinta, v. Alanís Enciso, Fernando Saúl (2007): *Que se queden allá. El gobierno de México y la repatriación de mexicanos en Estados Unidos (1934-1940)*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis.

¹¹ (1939): «Sección editorial. No lo creemos», en *El Universal*, 25 de marzo. El título hace referencia a unas declaraciones de Álvaro del Vayo en las que se afirmaba que el gobierno mexicano había ofrecido recibir a 30.000 familias españolas.

la Confederación de Cámaras de Comercio e Industria, el Partido Nacional de Salvación Pública o la Liga de Defensa Campesina del Distrito Federal. La primera, una confederación empresarial, hizo una declaración pública el 18 de marzo de 1939 mostrando su disconformidad con la posible llegada de «quince mil extranjeros, muchos de ellos semitas y otros mercenarios de la sangrienta lucha española»¹²; el segundo, una de las varias agrupaciones políticas que el Partido de la Revolución Mexicana toleró para mantener las apariencias de una cierta normalidad democrática, envió el 2 de abril de 1939 una nota a la prensa repitiendo prácticamente los mismos argumentos que la declaración pública anterior, con el añadido de los miles de mexicanos que esperaban en Estados Unidos ser repatriados, uno de los argumentos más utilizados contra la política de acogida a los españoles por parte del Gobierno de Cárdenas; mientras que la Liga de Defensa Campesina —esta dentro del sistema— elevó una protesta al presidente de la República, además de por motivos económicos, por la cesión que se había hecho a los exiliados de la Casa del Agrarista. En el mismo sentido habría que interpretar las continuas noticias en la prensa conservadora sobre la oposición de los trabajadores mexicanos a la incorporación de los exiliados al mundo laboral¹³.

Es posible que en muchos casos el debate respecto a los refugiados españoles fuese más un arma contra Cárdenas —ya al final de su mandato y cuyas políticas habían generado una fuerte polarización social— que un objetivo en sí. Lo significativo es, en todo caso, que se haya utilizado, prueba de su potencial como arma de movilización social.

Especialmente relevantes, por lo que tienen de desmitificadoras respecto a la acogida que en los medios académicos se hizo a los exiliados españoles, son las que tienen que ver con el rechazo a la contratación de profesores españoles por el principal centro educativo del país, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Un proceso que se envenenó porque, ante los bajos salarios del profesorado universitario y la relevancia académica de algunos de los profesores exiliados, se decidió redondear sus salarios con un dinero extra que pagaría la recientemente creada, con recursos del Gobierno mexicano, Casa de España. La interpretación inmediata fue que el Gobierno estaba pagando más a los españoles por el hecho de ser españoles,

cuando no por el de ser peligrosos izquierdistas afines a la ideología cardenista, generando una gran oposición en los medios universitarios:

Los universitarios [...] nos sentimos humillados y postergados cuando vemos que individuos [...] que no pertenecen a nuestra universidad, que ni siquiera han presentado ante ella sus títulos científicos o literarios, adquieren de golpe y porrazo una situación favorable, en honores, magníficos sueldos y facilidades de todo género [...]. Y no se diga que se trata [...] de eminencias científicas o artísticas, porque a ello contestaría dos cosas: la primera, que si esas eminencias fueran «franquistas» seguramente no recibirían ayuda, sino que serían expulsados ignominiosamente. La segunda: ¿acaso vivimos en tal penuria científica, literaria y filosófica que no haya nadie entre nosotros que merezca la ayuda que se otorga a los intelectuales rojos españoles?¹⁴

Es posible que la afirmación del periódico *La Prensa* de que «el OCHENTA POR CIENTO de los mexicanos está en contra de esta invasión de españoles»¹⁵ no sea exactamente cierta. Sin embargo, la proliferación de cartas, manifestaciones y otras muestras de rechazo hace suponer que tampoco debe de estar muy alejada de la realidad. Máxime si consideramos que esta oposición estaba teniendo lugar en el contexto de la movilización de las principales organizaciones políticas del país —en un sistema político fuertemente autoritario— a favor de que se permitiese la entrada de los españoles. La influyente Central de Trabajadores Mexicanos (CTM) de Lombardo Toledano, con una alta capacidad de movilización social, pidió públicamente que se diese asilo al mayor número posible de refugiados españoles y el propio Partido de la Revolución Mexicana (PRM), el posterior PRI, sobre cuya capacidad de movilización política y de creación de opinión no caben muchas dudas, organizó mítines por todo el país explicando su también favorable postura.

Un rechazo que paradójicamente, al menos en un primer momento, se centró en su supuesto carácter intelectual. En vez de aquellos individuos dispuestos a trabajar que prometía el Gobierno, llegaban intelectuales: «Nadie quiere invitar a los intelectuales a su mesa. Tal vez se les supone con una especie de hambre atrasada, propia de su condición misma [...], un triple apetito de ayer, hoy y mañana; y por eso se prefiere a los gañanes, que [...] antes de sentarse a la mesa se dedicarán a sacar de las entrañas de la tierra lo necesario para comer»¹⁶.

¹² Reproducido en (1939): «Quince mil inmigrantes son una amenaza para la nación», en *Excelsior*, 19 de marzo.

¹³ (1939): «Dificultades con los refugiados en Veracruz», en *El Universal*, 5 de julio; (1939): «Un escándalo por rivalidades con los refugiados», en *El Universal Gráfico*, 12 de julio; (1939): «Españoles recibidos hostilmente en San Rafael y Anexas», en *El Universal Gráfico*, 13 de julio...

¹⁴ Pallarés, Eduardo (1939): «Los universitarios postergados», en *El Universal*, 13 de junio.

¹⁵ XOCHITL (1939): «La inmigración de españoles», en *La Prensa*, 4 de julio. Las mayúsculas son del periódico.

¹⁶ Iván Zynco (1939): «Caravana de zánganos», en *El Universal Gráfico*, 5 de julio.

Una vez desmontados estos dos grandes mitos, es necesario mencionar el complejo mundo de referencias y significados simbólicos al que los refugiados españoles –intelectuales y no intelectuales, pero aquí me interesa más el caso de los primeros– tuvieron que enfrentarse desde el mismo momento

El exilio republicano en México no fue exclusiva, ni siquiera fundamentalmente, de intelectuales

de su llegada al puerto de Veracruz y que son básicamente los siguientes: la hispanofilia/hispanofobia como uno de los ejes del debate político-cultural mexicano, el antigachupinismo de las clases populares mexicanas y el debate sobre la inmigración en el México del siglo XIX y primeras décadas del XX.

La hispanofilia/hispanofobia como parte del relato de nación mexicano

El problema de la hispanofilia y la hispanofobia en el debate político e intelectual mexicano va mucho más allá de un problema de las relaciones México-España. Es, principalmente y muy por encima de cualquier otra consideración, un problema interno, una especie de guerra civil latente y mal resuelta. En el proceso de construcción nacional iniciado en México a partir del momento de la proclamación de la independencia, entre las múltiples opciones que toda invención nacional permite, dos se convertirán en hegemónicas. Una, la conservadora, que, un poco a la manera norteamericana de los «Peregrinos», afirma que México nace con la Conquista y, consecuentemente, la nación mexicana es heredera de la colonia y del mundo hispánico; otra que podemos denominar liberal –ya que fueron los liberales del siglo XIX los principales responsables de su configuración definitiva, aunque su proyección va mucho más allá del liberalismo decimonónico y se prolonga a lo largo de la Revolución y la postrevolución hasta nuestros días–, para la que la esencia de México como nación son las civilizaciones prehispánicas y, consecuentemente, la colo-

nia fue solo un oprobioso y desgraciado paréntesis al que la independencia habría puesto justo final.

En ambos relatos España ocupa un lugar central, pero con valoraciones radicalmente distintas. La España de los conservadores se erige en la parte más íntima de México, aquella a la que debe ser fiel para ser ella misma; la de los liberales, en la negación de México, el oscurantista y cruel país de la Inquisición y la leyenda negra. Y los exiliados, al margen de intelectuales o no, de derechas o de izquierdas, eran antes que nada españoles, lo que los situaba ya de partida en un lado del debate identitario. Su llegada, sin embargo, trastoca, al menos en un primer momento, estos discursos.

La prensa de derechas, tradicionalmente hispanófila, se queja de la buena acogida que se estaba dando a los españoles, llegando incluso a compararla con la mala que se estaba dando a los judíos que huían del nazismo: «Numerosos intelectuales españoles [...] arribaron a Veracruz [...] y fueron admitidos inmediatamente [...], distinta fue la suerte de los 104 hebreos que venían en el mismo barco y a quienes, no obstante correr más riesgo que los refugiados hispanos, las autoridades se negaron a admitir»¹⁷. No parece necesario precisar que apenas unos meses antes este mismo periódico, conservador y como tal marcadamente hispanófilo, no solo no habría puesto ninguna objeción a una decisión de este tipo, sino que habría defendido que los españoles deberían ser preferidos a los de cualquier otra nacionalidad por sus afinidades de raza, cultura y religión con los mexicanos.

La de izquierdas, tradicionalmente hispanófoba, no tiene ahora ningún empacho en defender no solo las afinidades entre españoles y mexicanos, sino de afirmar las virtudes de España como nación:

Porque entre la teatralidad que el italiano lleva en la sangre, haciendo posible un Mussolini, el revanchismo que el alemán lleva en los huesos, haciendo posible un Hitler, y el hondo sentido de la dignidad humana que singulariza al español [...]. Un espíritu que tiene raíces libertarias, de Gobierno popular en las antiguas comunidades castellanas; que supo humillar a reyes frente a fueros ciudadanos [...]; que dio al mundo, tal vez antes que ningún otro país, la noción de fuerza del estado llano, de las plebes sin blasones; un espíritu que pudo alentar empresas tan vastas como la de Colón¹⁸.

Sorprendentes afirmaciones en un periódico que unos pocos años antes, como todos los cercanos a la izquierda, no hubiese visto en la historia de España nada más que un oscuro relato de frailes y monarcas

¹⁷ (1939): «Inmigrantes», en *El Universal Gráfico*, 2 de junio.

¹⁸ (1939): «Editorial. Crimen y rebeldía», en *El Nacional*, 9 de agosto.

absolutos, un pueblo abyecto y degenerado por siglos de Inquisición y catolicismo; y en los españoles, los enemigos de raza de la nación mexicana.

Contradicciones que salvan: la prensa conservadora afirmando que estos «rojos» en realidad no son verdaderos españoles; la de izquierda manteniendo la existencia de dos Españas, una buena, la de los republicanos, y otra mala, la de la vieja colonia, no solo partidaria de Franco sino continuadora de la oscurantista España de los conquistadores, ahora además gachupina fascista.

Las clases populares mexicanas y el antigachupinismo

El antigachupinismo tradicional de las clases populares mexicanas tiene también su origen último en las peculiares características de la construcción nacional de este país o, para ser más precisos, en la forma en que México se configura como nación en el imaginario colectivo de los mexicanos. Una construcción nacional que reservaba al español el papel de verdugo, el del otro contra el que se había construido México. Encontrará además caldo de cultivo favorable en una colonia española, relativamente numerosa, cuya especialización en el pequeño comercio —de los extranjeros dedicados al comercio en 1939 el 36,26% eran españoles—, especialmente en el ramo de abarrotes, pero también en panaderías, casas de préstamo y, en la época del porfiriato, como capataces de haciendas, la ponía en contacto continuo con las clases bajas mexicanas. Eran, por decirlo de manera gráfica, la cara no precisamente amable del capitalismo. Un grupo prácticamente endogámico, pues si es cierto que los nuevos emigrantes, varones jóvenes, aparentemente se casaban con «mexicanas», en realidad lo hacían en un número considerable con españolas de segunda o tercera generación, hijas o nietas de la anterior generación de inmigrantes, que a los ojos de grupos populares se dibujaba como un grupo plutocrático, racista y conservador.

Imagen negativa que tenía su contrapeso en la de unas clases altas para las que, manteniendo el estereotipo sociológico, los elementos que definían al gachupín adquirían matices más favorables, cuando no claramente positivos. El cruel y avaro explotador se convertía en el prototipo de empresario moderno del que tan necesitada estaba la economía mexicana. Un artículo de Adolfo Reyes, titulado precisamente «Mis gachupines», muestra perfectamente esta otra cara de la moneda, este otro estereotipo positivo, haciendo innecesario cualquier otro comentario:

Mi padre llamaba «Mis gachupines» cariñosamente a aquel grupo de trabajadores admirables que formaron en el estado mayor de su consejo en pro del

progreso de Nuevo León [...] quienes [...] tejieron el canevá donde se hiló el industrialismo de la capital del norte¹⁹.

En este contexto, la llegada de los republicanos produjo una especie de cataclismo. La tradicional hispanofobia de las clases populares se vio enfrentada a una emigración que era de «los suyos»; mientras que la hispanofilia de la clase alta conservadora tuvo que enfrentarse al reto de unos españoles rojos y ateos. El nuevo español que llegaba al puerto de Veracruz no era el joven patán campesino, aspirante a abarrotero, católico y de derechas del imaginario tradicional, sino un emigrante urbano, intelectual, aspirante a profesor, agnóstico y de izquierdas. Sobre esta trama se tejieron y destejieron las filias y fobias, las fantasmagorías colectivas de los diferentes sectores de la sociedad mexicana.

Para la derecha estos recién llegados, a diferencia de los anteriores, no venían dispuestos a trabajar. En el mejor de los casos venían a competir con los nativos por trabajos cualificados en el periodismo, la docencia o la investigación; en el peor, eran solo agitadores profesionales, políticos en el mal sentido del término, que lo único que harían sería envenenar aún más las ya de por sí conflictivas relaciones sociolaborales del México del momento. Para la izquierda, por el contrario, finalmente llegaban unos españoles dignos de respeto, no avariciosos abarroteros, interesados únicamente en arañar unos cuantos pesos a los exhaustos bolsillos de los trabajadores mexicanos, sino generosos intelectuales dispuestos a contribuir a la construcción de una sociedad más justa y solidaria.

El mito de las dos Españas pero en versión mexicana: la retrograda de abarroteros y usureros, los gachupines fascistas, contra la progresista de los intelectuales republicanos, versión de izquierdas²⁰; la de inmigrantes católicos, que con su iniciativa, trabajo y honradez habían hecho progresar la economía del país, contra la de agitadores comunistas que venían a vivir del erario público y no a crear riqueza, versión de derechas. Aunque en la prensa más popular uno y otro argumento se entremezclan sin que el nuevo clivaje ideológico parezca estar claro. Fascistas o comunistas, abarroteros o intelectuales, los españoles tenían unas señas de identidad físicas y morales que los hacían perfectamente identificables. Al margen de que, por encima de cualquier otra consideración, eran descendientes de los conquistadores. Una caricatura de Inclán de 1939 resume de manera perfecta

¹⁹ Reyes, Adolfo (1939): «Mis gachupines», en *El Universal*, 15 de noviembre.

²⁰ Como ejemplo de esta visión v. González Guzmán, Ignacio (1939): «Los intelectuales españoles en la vida cultural mexicana», en *El Nacional*, 22 de marzo.

los problemas de esta sobreposición física y moral del gachupín sobre la del exiliado; en ella un gachupín tópico, boina y barba cerrada, se dirige a un mexicano también tópico, calzado con guaraches: «Sí, señor, los que ayer fuimos conquistadores de tu raza ahora somos los más fieles hermanos de tu sangre»²¹.

Los exiliados españoles y los debates migratorios mexicanos

A los debates anteriores se añadió otro que tenía que ver con las políticas migratorias. Ya desde los inicios de la vida independiente existió entre las élites mexicanas el convencimiento de la necesidad de favorecer la llegada de inmigrantes blancos, con un doble objetivo: poblar un país que se consideraba vacío, de lo que resultaba un bajo aprovechamiento de sus recursos, y mejorar la calidad étnica de una población que, a pesar del retórico indigenismo liberal, las élites mexicanas creían una rémora para el progreso del país: el blanqueamiento como fin patriótico. Afán repoblacionista que fue mantenido por el Estado mexicano hasta fechas muy tardías. Todavía en el año 1939, coincidiendo por tanto con la llegada de los exiliados españoles, la Secretaría de Gobernación afirma: «La inmigración debe ser fomentada por la razón fundamental de que México es un país despoblado y necesita de una fuerte inyección de hombres deseosos de trabajar y que se fundan con la población mexicana»²².

Las diferencias surgen en torno a quiénes eran los inmigrantes ideales por su capacidad de trabajo y de adaptación a las condiciones del país, pero también de fortalecer la raza mexicana, fundamento de la nacionalidad. El filoanglosajonismo de los liberales hubiese hecho previsible una preferencia por los emigrantes del norte de Europa, sin embargo, el miedo al expansionismo estadounidense —y aquí la pérdida de Texas seguía presente como una pesada losa— y la retórica de las razas latinas hicieron que, en general, se generase un cierto consenso sobre que eran preferibles los inmigrantes provenientes de las naciones del sur de Europa, con el añadido de los católicos irlandeses, pero con diferencias importantes entre liberales y conservadores, primero, e izquierdas y derechas, después. Para los primeros, los inmigrantes óptimos eran los franceses, patria del liberalismo republicano, pero en general todo emigrante blanco que llegase al

país «con el ánimo de trabajar y sin pretensiones dominadoras», excepto los españoles, que, «salvo honrosas excepciones [...], conservan demasiados recuerdos de otras épocas y se creen infundadamente superiores a los mexicanos»²³, aunque durante el porfiriato se había producido una cierta reconciliación con lo español que la Revolución, con una marcada pulsión hispanófoba, trastocará en gran parte; para los segundos, los españoles, sin ninguna duda los más afines a la raza mexicana: «Indudablemente preferiríamos siempre la raza española a cualquier otra [...]. Hombres que tienen nuestro mismo idioma, nuestras costumbres, nuestras creencias»²⁴.

La llegada de los exiliados republicanos introduce ligeras variaciones de matiz. La izquierda, a grandes rasgos continuadora del discurso identitario liberal, comienza a utilizar argumentos en los que la idoneidad de la emigración hispana se justifica de forma muy parecida a como lo había hecho el conservadurismo tradicional, las afinidades de sangre y cultura: «Eminentes etnólogos están de acuerdo al considerar a los españoles como la mejor raza para México»²⁵. Nada muy diferente a lo afirmado por algunos representantes del Estado como Gilberto Loyo, presidente del Comité Mexicano para el Estudio de los Problemas de Población, que como respuesta a las noticias sobre la posible llegada a México de un numeroso grupo de exiliados españoles afirma que el Comité ve la medida «con profundo interés», ya que constituye «la última oportunidad que por muchos años tendrá México para aumentar el caudal de su población española, porque el español es, sin duda, el mejor inmigrante que México puede recibir»²⁶. El argumento habitual de la derecha mexicana que el propio Lázaro Cárdenas no dudará en volver a utilizar unos pocos meses después, confirmada ya la llegada de los exiliados españoles: «Ninguna [llegada de inmigrantes] tan apropiada como la española, que es nuestra raza, pues de ella descendemos, cosa que se olvidan los opositores»²⁷.

La derecha, heredera de la hispanofilia conservadora, no abandona, por el contrario, sus argumentos, pero sí pone en duda que sean precisa-

²¹ Inclán (1939): «Caricatura nacional. Lo que va de ayer a hoy», en *La Prensa*, 15 de julio.

²² Reproducido en 1939: «Inmigración», en *El Universal Gráfico*, 12 de junio.

²³ (1861): «Editorial. La cuestión española», *El Monitor Republicano*, 4 de noviembre.

²⁴ (1851): «Editorial. A ciertos adversarios», *El Correo*, 30 de diciembre.

²⁵ Goizueta, Carlos T. (1939): «Respuesta a un aztequista conturbado», en *El Nacional*, 29 de junio.

²⁶ (1939): «115.000 alemanes vendrán a México», en *La Prensa*, 4 de abril. Afirmaciones que tienen como objetivo, obviamente, oponerse a la aceptación de judíos alemanes.

²⁷ (1939): «Habla Cárdenas sobre la situación del país. Los refugiados iberos no serán problema político para México. Considera artificial la agitación», en *La Prensa*, 27 de julio.

mente «estos españoles» exiliados los que México necesitaba y no mejor los que siempre habían llegado²⁸. Pero finalmente, y esto es lo más llamativo, parece que el trasfondo ideológico favorable a lo español acaba por imponerse en los medios conservadores; aunque rojos, no dejaban de ser españoles.

Si alguna emigración puede considerarse deseable, esta es la española, porque el español, hermano de raza, es de aquellos que mejor se amoldan a nuestra vida nacional, arraigando en ella de tal modo que acaba por ser casi tan mexicano como nosotros. Con raras excepciones, el español forma aquí su hogar, su familia, su descendencia, que da continuación a nuestra raza mestiza²⁹.

En líneas generales se podría afirmar que, al margen de posicionamientos ideológicos, la llegada de un importante número de inmigrantes —blancos, españoles, con una alta capacitación técnica y profesional y que llegaban formando parte de grupos familiares— fue vista, desde la perspectiva de la política migratoria, como una especie de regalo del cielo. Finalmente, los sucesivos fracasos de la política migratoria mexicana, que había sido incapaz de colonizar el país, parecían poder resolverse gracias al oportuno conflicto español. No era la solución a un problema coyuntural ni la solución a uno de los problemas históricos de México, sino al problema de México. Es lo que afirma de manera literal el oficialista *El Nacional*: «Hago hincapié en que el Gobierno del general Cárdenas al auspiciar la inmigración de españoles a México realiza en forma eminentemente práctica lo que todos los estadistas de México preconizaron desde la vida independiente del país»³⁰.

Los refugiados españoles llegaron además en un momento crítico de la polémica sobre la idoneidad racial de los inmigrantes. En los años finales de la década de los treinta la prensa popular mexicana comenzó a hacerse eco, cada vez con mayor insistencia, del problema de los «indeseables», adjetivo utilizado con absoluta naturalidad para referirse a los inmigrantes que por sus orígenes étnicos y/o culturales eran considerados perjudiciales para la población mexicana, básicamente judíos centroeuropeos, chinos y originarios de Oriente Medio: «Con insistencia digna de mejor suerte, hemos venido combatiendo la invasión cada día mayor de turcos, rusos, árabes, sirio-libaneses, checoslo-

vacos, polacos, húngaros y, en general, individuos indeseables»³¹. Los españoles —en la retórica racial las primeras décadas del XX, «una raza afín y asimilable»— podían ser un buen antídoto contra la invasión de «indeseables» que estaba anegando el país.

La política de inmigración tenía también otros requisitos. No solo era un problema de número y de capacidad de asimilación a la vida nacional. El país necesitaba —y en eso había una coincidencia absoluta— corregir los errores de una política migratoria que se había caracterizado por la concentración socioeconómica y geográfica de los inmigrantes en las ciudades y en las actividades terciarias. Se necesitaban obreros industriales y campesinos para poblar los espacios vacíos y desarrollar la incipiente industria del país. Un argumento utilizado una y otra vez por el cardenismo para justificar ante la población su política hacia los exiliados españoles. Se insiste continuamente en que los exiliados estaban siendo seleccionados en función de las necesidades de la industria y el campo mexicanos y en que con ellos se iba, por fin, a poder colonizar los inmensos espacios vacíos del norte mexicano. Esto último planteado no solo como un objetivo económico, sino también geoestratégico. Una forma de contrarrestar con elementos españoles, hermanos de sangre de los mexicanos, la insidiosa penetración norteamericana, que tan funesta había resultado en el pasado:

La parte norte del país, por razón de vecindad con Estados Unidos, espiritualmente se está desmembrando de los habitantes del centro de la república [...]. De estos [refugiados españoles], mil ochocientos [...] deben enviarse a la parte norte, pues el idioma, el rico idioma español, se está volviendo una mezcla sin sentido, creándose fonéticamente un idioma que ya no es ni español ni inglés³².

Unas necesidades migratorias que el exilio intelectual republicano, desde la perspectiva de la prensa conservadora —opuesta, como ya se ha dicho, a la llegada de estos españoles rojos—, para nada satisfacía. El país necesitaba obreros y campesinos, y lo que estaba recibiendo eran intelectuales cuyos destinos no eran las despobladas regiones del norte, sino las grandes ciudades del centro de la república. «Entre ellos vienen, es posible, algunos trabajadores; pero no solamente por destacados, sino por numerosos, se distinguen entre los recién llegados los políticos, los profesionistas liberales, médicos, ingenieros, abogados, estudiantes, periodistas»³³.

²⁸ (1939): «Sección editorial. La inmigración normal», en *El Universal Gráfico*, 22 de septiembre.

²⁹ Cervantes, Federico (1939): «Los exiliados», en *El Universal Gráfico*, 8 de abril.

³⁰ Manjarrez, Daniel C. (1939): «La inmigración española. El anhelo secular de México», en *El Nacional*, 12 y 14 de agosto.

³¹ Fernández Bucardo, José (1939): «México para los mexicanos», en *La Prensa*, 24 de mayo.

³² Elizondo, Beatriz (1939): «El problema migratorio de México», en *La Prensa*, 26 de mayo.

³³ (1939): «Sección editorial. Lo que debe venir y lo que no debe venir de España», en *El Universal*, 5 de junio.

El carácter intelectual del exilio republicano como algo negativo y no, tal como la hagiografía posterior se empeñaría en destacar, como una virtud. Cabría incluso preguntarse hasta qué punto la imagen del exilio español en México como un exilio intelectual, en contra de todas las evidencias, no fue en su origen un arma de la prensa conservadora contra el Gobierno de Cárdenas. Una forma de afirmar que la generosa acogida dispensada a los refugiados españoles estaba motivada por razones partidistas y no de interés nacional.

El impacto del exilio sobre las percepciones de España, lo español y los españoles

Las radicalizadas posturas frente al exilio republicano se dulcificaron con gran rapidez. La prensa de derechas, tradicionalmente hispanófila, recuperó en un muy corto período de tiempo la ya habitual favorable imagen de los españoles. Pasado el susto de los puños en alto del *Sinaia*, los exiliados vuelven a ser españoles y no rojos, y como consecuencia con una imagen casi ideal: «Ellos visten con modestia, llevan ropas humildes, pero, eso sí, las portan bien limpias y con toda dignidad. Ellas procuran una mejor presentación y se acicalan y adornan con detalles plenos de feminidad y de innata coquetería»³⁴. Hasta el calificativo de comunistas que se les había aplicado en un principio comienza a aparecer como un engaño interesado de determinados círculos políticos mexicanos: «La verdad, afirman ellos, es que nada tienen que ver con el comunismo»³⁵.

Ya a partir de los primeros años de la década de los cuarenta es perceptible una clara simpatía de la prensa más conservadora hacia el exilio republicano, bastante más moderado que los peligrosos rojos comunistas de los que se había hablado en un principio. Hay incluso como una especie de rara satisfacción, como si al fin se hubiese hecho realidad un viejo sueño criollo. Estos nuevos españoles ya no eran los incultos peninsulares

que las élites mexicanas habían tenido que soportar durante siglos, zafios abarroteros y dueños de cantinas, sino refinados intelectuales. Una percepción de la que muchos exiliados sacarán provecho exagerando, en contra de todas las evidencias, el carácter intelectual del exilio y utilizando su condición como marca de clase frente a la vieja colonia.

El choque del exilio fue mucho más fuerte y de consecuencias mucho más duraderas para la izquierda mexicana. El antigachupinismo, que había sido casi una seña de identidad –primero del liberalismo decimonónico y después de los revolucionarios del siglo XX–, tuvo que enfrentarse a unos españoles que eran de los suyos. No los habituales abarroteros, prestamistas o capataces de haciendas, sino intelectuales de izquierdas, por supuesto al margen de cuál fuera realmente su profesión. Hay una especie de subterfugio ideológico que hace de los exiliados republicanos algo diferente de los «gachupines». Son españoles no gachupines, y el viejo y peyorativo epíteto pasa a denominar no un origen nacional, sino una categoría moral. «Amamos y amaremos siempre al español que llega a México con la pluma en la mano y con la sabiduría a flor de labio. Pero detestamos [...] al español rudo que explotó el campo y a los campesinos; que vendió y vendió venenos en las tabernas»³⁶.

Aunque paradójicamente, y ese es un estudio que está por hacer, muchos de estos españoles exiliados, es posible incluso que la mayoría, acabaron ajustando su vida mucho más al viejo modelo del gachupín emprendedor, del empresario que logra abrirse camino en el mundo de los negocios, que a la del intelectual dedicado a la ciencia por el bien de la humanidad que la hagiografía del exilio nos ha transmitido.

El exilio, en todo caso, trastocó de manera radical la imagen de España en México en una extraña amalgama en la que los viejos estereotipos se mezclaron con otros nuevos. No una ruptura radical, sino un episodio más en un largo proceso que solo es posible entender desde la perspectiva de unas relaciones multiseculares, la larga duración a la que hace referencia el título de este artículo.

³⁴ Sánchez Torres, Eduardo (1939): «Refugiados españoles en las playas veracruzanas», en *El Universal*, 3 de agosto.

³⁵ (1939): «Refugiados», en *El Universal Gráfico*, 8 de agosto.

³⁶ Neck, Mónico (1939): «Apuntes de actualidad», en *El Nacional*, 15 de septiembre.